

XI

REIVINDICACIÓN DE CERVANTES (*)

En algunos capítulos de este libro, y sobre todo en los tres diálogos, le habrá parecido al lector que trato de empañar la gloria cervantina, presentándole como un muy mediocre novelista. Nada más lejos de mi ánimo. Y me parece que leyendo con la fijeza debida se advertirá claramente lo que yo pretendo decir cuando escribo que Cervantes es inferior al Quijote.

Yo, en todo este libro, no me he ocupado ni un sólo momento del Quijote, novela. He querido sumergirme y penetrar en el alma de don Quijote como un escudriñador curioso a quien atraen pasionalmente los rasgos que se desprenden de las almas originales y grandes.

Más contradictoria será esa supuesta actitud mía si se tiene en cuenta que todas mis teorías parten del reconocimiento de la gran superioridad del artista sobre sus creaciones. Toda la creación intelectual del mundo es un esfuerzo forjado en la intimidad de los grandes hombres.

Sabemos que el pintor, el escultor, el novelista trabajan guiados por modelos exteriores. Si luego después sus obras no salen de ellos elevadas muy por cima del nivel en que se mueven las cosas que les sirvieron de modelos, no hay obra de arte.

En cambio, tenemos la obra de arte cuando el artista consigue *crear* algo cuya contemplación nos obliga a compadecer de una manera o de otra las cosas que constituyeron sus modelos prístinos. Por ejemplo, un pintor trabaja en un cuadro para el que le sirve de modelo una mujer desnuda. Si este pintor se limita a hacer una especie de retrato —el retrato ha de ser algo que nos haga pensar en la cosa retratada— a cuya vista exclamemos: «¡Qué hermosa modelo!», la obra tendrá muy poco de obra de arte. El arte no se puede admitir sino como una bebida que logra apagar o avivar nuestra sed de inmortalidad. Para conseguir esto es preciso que los modelos exteriores se desvanezcan y dejen paso al gran modelo que forjó el artista en un minuto de inspiración fecunda. Lo demás es técnica, es habilidad, son recursos, son copias, manantiales de donde nunca podrá obtenerse una gota de arte.

Y aquí de la aparición del cubismo y de todos los «ismos» que han revolucionado la vida artística durante los últimos veinte años. Y yo no me explico cómo no se proclama ya por quien deba proclamarse que de todos estos «ismos» saldrá el gran arte de mañana. Los artistas «ismonianos», como los hombres que hicieron la Revolución francesa, y como los rusos de nuestro tiempo, se sacrifican en aras de futuros brillantes muy posibles. El error de estos artistas al proclamar el cubismo como un gran arte es error idéntico al de los rusos contemporáneos que aseguren vivir en un régimen de libertad. Pero nadie se resigna a creerse un instrumento de los siglos.

El otro día me enseñaron un retrato cubista. Quien me lo mostró sonreía escéptico y burlón, como diciendo: «¡Qué mamarrachada!». Yo le convencí, y le hice ver que lo prefería a uno de los mejores de Velázquez.

Claro que todo consistirá en el concepto que se tenga de la palabra *arte*. Considerándolo como una bebida de eternidad, el retrato cubista será mejor obra artística que un retrato velazqueño, aunque aquél nos dé del físico del retrato una imperfecta visión.

En el retrato cubista aparecerá el creador por cima del retratado. En el de Velázquez es el retrato —su humanidad— lo que predomina sobre el nervio creador. Aquélla será mejor obra de arte. Esta será mejor retrato.

Lo mismo sucede con el novelista. Si éste sitúa la acción de su novela en el lugar dado, y la única exclamación que nos arranca su lectura es la de «¡Qué realismo! ¡Qué descripción más parecida!», adiós novela como obra de arte. Hay que buscar en todas las creaciones la propia personalidad. Hay que inmortalizar la vida deshumanizándola. Hay que hacer que los grandes hombres nos enseñen por medio de obras creadas, lo que ellos tienen de hombres deshumanizados (1). Por eso yo me atrevo a asegurar que a la pintura se le abren enormes posibilidades, y que la novela si no se renueva morirá definitivamente. Al teatro le queda el recurso de las marionetas. Me parece que el teatro de Ibsen está esperando que alguna vanguardia osada lo haga representar por medio de marionetas. De este modo la gran plenitud ibseniana se nos aparecería en toda su grandeza. El arte del actor, por mucho que se refuerza y evolucione, siempre lo veremos como un arte bufonesco. Me parece indigno que un hombre de talento sea actor. Todo nuestro teatro clásico lucha en balde por desencadenarse de la influencia del actor. Y por no conseguirlo, ese teatro es en su mayor parte un teatro mediocre.

Nosotros hemos estudiado en el Quijote lo que hay en éste de propia fuerza, de «quijotismo increado». La faceta de la creación cervantina, el Quijote que corre y vuela por esos mundos, no ha movido nuestra pluma ni un sólo instante. Por eso no hay sacrilegio que valga al asegurar que Cervantes es inferior al Quijote que vimos nosotros.

Cervantes es el autor de una gran novela, de un libro genial, y es de ciegos o cobardes el no proclamarlo así en alta voz.

[Pero Cervantes, fue un hombre, un gran hombre, pero hombre al cabo.] Hemos hablado de un mundo quijotesco, y dicho que don Quijote es una cosa extraña a nuestra realidad, de la que lo apartan, no diferencias de jerarquías, sino su cualidad de *ser* que no tiene con los hombres relación alguna. **[Y una de dos: puestos en este plano, o asegurar que el mundo de Don Quijote es inferior al nuestro o afirmar lo contrario. Me parece que nadie negará la grandeza de Don Quijote y por lo tanto superioridad indiscutida sobre los máximos ejemplares humanos.]**

Pero nosotros no admitimos taumatúrgias de ningún género, y en presencia de una cosa viva creemos *ipso facto* en una personalidad creadora. Para glorificar a Cervantes nos basta saber que, completo o impreciso, él creó a don Quijote, y que si él no hubiera escrito tal novela es más que posible que a estas horas las sublimes posibilidades y las hermosas meditaciones que todos hemos hecho al margen del Gran Libro permanecieran en las sombras.

El espíritu de don Quijote es inmortal, y será inmortal siempre aunque nadie recuerde su existencia. No sucede así con Cervantes. La inmortalidad de Cervantes han de procurársela los hombres, y tacharíamos de salvaje y mediocre a una generación que no lo venere, respete y admire como al creador de una cosa que a todos nos ha hecho hormigas, mejor dicho, nos ha dejado tal como somos, pero obligándonos a percibir entre las brumas bailoteos inmensos.

En balde nos empeñaremos en obtener de un libro mediocre sustancia para hacer de él un Gran Libro. Todavía no ha existido nadie que no haya visto en el Quijote un Gran Libro. Unos, porque saben que así se viene diciendo desde hace siglos; otros, porque en él les

gusta tal o cual cosa; otros, porque ven en don Quijote y en Sancho dos admirables creaciones; otros, pequeño número sin duda, porque han visto que detrás de el Quijote se mueve quizá todo el cruel secreto de las existencias. Debemos, pues, a Cervantes —hombre mediocre u hombre genio— el que nos puso ante las narices un enigma, un problema cuya solución se llevó él a la tumba con todo el aparato de su pobreza.

¡Gloria a Cervantes! Yo, que con dura saña en alguna parte de este libro he procurado envolverlo en mediocridad, pido para él un puesto preferente junto a los mejores.

¡Gloria a Cervantes! En estos tiempos fríos en que una generación se está dando cuenta de que no hay ni ha habido nunca nada, se le reconocerán a Cervantes los máximos prestigios, porque su obra es una gran obra contra la que el estruendo de los siglos será tan sólo la ráfaga débil de una caricia.

¡Gloria a Cervantes! Porque él, sólo él, tuvo en el gran páramo de los siglos muertos la inspiración fuertemente creadora de un minuto.

¡Gloria a Cervantes! El genio de toda la humanidad se fijó en él para darnos la sensación de la gran perspectiva, y ese genio humano, pobre aún en el siglo XVII, no pudo cristalizarse sino en dos personajes equívocos, cuyos verdaderos significados a los hombres, y sólo a los hombres de mañana, les estaba encomendado adivinar. Y bebían también en esa cristalización del genio poderoso las pobres muchedumbres incultas riendo las locuras y celebrando las gracias. Y bebían las inteligencias cortas, esas que van rastreando por entre los hombres cumbres, porque también para ellas existe licor en el Gran Libro.

¡Gloria a Cervantes! Fue hombre humilde, ingenuo y puro, que se dio todo a las multitudes, prefiriéndolas a los varones sesudos que poco después desmenuzarían su libro y harían de él la fuente de todas las glorias.

Y si admiramos a Cervantes como creador de una cosa que él no comprendió nunca, bien estará decir que su novela, sin complicaciones, dándole idéntica extensión a la que él quiso darle, examinándola desde el punto de vista en que se examinan todas las novelas, es una de las que merecerían las grandes calificaciones.

Pero no se interpreten mal estas líneas últimas: el mundo novelesco es un mundo íntimo y mezquino, y el Quijote es otra cosa, muy otra cosa, que una gran novela.

El Quijote pertenece a un género no catalogado aún, y al que bien pudiéramos llamar quijotesco, pues en ese género no podrían incluirse más obras que el Quijote.

Sin embargo, por mucho que glorifiquemos a Cervantes, se impone el deseo de que no existan más Cervantes en la intelectualidad futura. Los Hombres Próximos hablarán, no a las multitudes, sino a los pocos, y la humildad no obtendrá de ellos adquisiciones. El papel de los hombres humildes en nuestro tiempo es el de la desaparición. Los hombres humildes pueden mirar a las nubes en espera de un mañana brillante en el «paraíso». Pero no serán éstos los que llenen las exigencias de nuestro tiempo.

¡Gloria a Cervantes! Sí, pero a la vez es necesario meditar una contestación. Será una gran generación aquella que logre contestar plenamente, aunando los bellos gritos, las interrogaciones del Gran Libro.

Esta contestación puede muy bien ser un gran tomo y puede muy bien titularse «El tema de los Fuertes».

Nota:

(1) Esta palabra no es ensoñación, sino intelección.

Nota del editor:

(*) Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición. En el manuscrito original, estás líneas, figura tachado con lápiz, lo que nos hace pensar que pudiera haber sido el propio autor del libro, quien lo tachara. (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_015